

EDITORIAL

La arqueología chilena tiene entre sus más temidos fantasmas a la crítica y al debate; ambos son mirados como fuentes de enfrentamientos que conducen principalmente al descrédito y a la difamación. Obviamente, esto no quiere decir que la disensión no esté presente, ya que se le puede encontrar habitualmente recorriendo oscuros pasillos de congresos o tomándose un trago en reuniones sociales. Generalmente, cada idea tiene al menos un detractor, sólo que éste rara vez levanta la mano en un congreso o pone su opinión por escrito. A la vez, cuando extraordinariamente llega a producirse algún debate, generalmente es interpretado como producto de resentimientos personales o se convierte en el camino para su formación y, de hecho, algunas de estas rencillas han ocupado parte importante de la historia social de la arqueología chilena.

Esta suerte de pax romana común en nuestra práctica, en mi opinión, no ha dejado de tener sus efectos sobre el desarrollo de la disciplina ya que, después de todo, la arqueología al ser antropología "...es una ciencia cuyo progreso se caracteriza menos por un perfeccionamiento del consenso que por el refinamiento del debate." (Clifford Geertz, La interpretación de las culturas, Editorial Gedisa, 1987:39, Barcelona). Desde esta perspectiva, entonces, nuestra disciplina en los últimos decenios ha avanzado poco, ya que en la medida que las hipótesis planteadas rara vez son discutidas y rebatidas en forma contundente, tanto las buenas como las malas ideas se van acumulando hasta formar una especie de depósito de estatuas inertes. A la vez, los postulados iniciales de algunos investigadores, portadores de un rico potencial, en la mayor parte de los casos no se desarrollan más allá de su fase inicial por la carencia de fieles detractores que los obliguen a buscar otras metodologías, nuevos datos o distintos ángulos. Hemos desperdiciado el potencial creativo que produce enfrentarnos al fuego contrario.

Estas líneas deben entenderse entonces como una incitación a perder nuestro recelo a criticar pública y responsablemente aquello que legítimamente nos parece equivocado, a la vez que como una invitación para que se utilicen las páginas de este Boletín como un espacio privilegiado para disentir, rebatir, interpelar o, simplemente, no estar de acuerdo...el derecho y la obligación más básica de cualquier científico.

L.C.B.